

---

---

## Rómulo Gallegos: en el centenario de su nacimiento

---

---

La ciudad de Caracas, donde nació Rómulo Gallegos un 2 de agosto de 1884, debía ser idéntica a como la describe en su primera novela, «Reinaldo Solar», evocando sitios y cosas de la vieja Caracas colonial:

«Las casonas antiguas, las ruinas escasas. Un trozo de pared ennegrecida y herbosa, el patio empedrado y los clásicos granados y cipreses de las vetustas mansiones donde viven viejecitas supervivientes de las familias de antaño...»

Rómulo Angel del Monte Carmelo Gallegos Freire pierde, aún niño, a su madre. El doloroso choque que ello le produce le impulsa a entrar en el seminario. No llega a hacerlo porque su padre y el arzobispo estiman que debe esperar a tener una edad más adecuada.

Evidentemente debió ser un impulso infantil pasajero, puesto que no volvió a intentarlo, como tampoco va a tener, más adelante, su obra literaria ninguna connotación religiosa.

Lo que sí tiene su adolescencia y primera juventud es una difícil situación económica. Debe costearse el bachillerato trabajando como educador en una escuela primaria y no puede concluir la carrera de Derecho, que comienza en 1905, por su falta de recursos.

### Inquietud política

Su preocupación política se justifica ampliamente por el entorno en que vive: autocracia y represión. Guzmán Blanco y Cipriano Castro. Una Venezuela asfixiada en sus posibilidades por el atraso, la ignorancia y el abuso de poder.

Cuando Juan Vicente Gómez arrebatara el sillón presidencial al sanguinario y paranoico Cipriano Castro, la falsa imagen que, tan cazurra y marrulleramente, ha sabido fabricarse de bonhomía y sentido común, hace concebir a Rómulo Gallegos la esperanza de que se inicia una verdadera oportunidad de construir una Venezuela democrática.

Deseoso de contribuir a la obra de recuperación nacional forma parte del grupo fundador de la revista «La Alborada».

El mensaje civilista de esta aventura intelectual, iniciada en enero de 1909, no encaja con la torpe y brutal continuidad dictatorial de Juan Vicente Gómez.

Como era de esperar, «La Alborada» tiene una corta vida. No obstante, en sus contados ocho números, Rómulo Gallegos aprovecha la oportunidad de exponer su credo político en dos series de artículos titulados «Hombres y principios» y «Las causas». Este credo se resume prácticamente en:



*Rómulo Gallegos.*

- Rechazo del caudillismo y de la dictadura.
- Imperio de la Ley.
- Restauración de la democracia.
- Revitalización de los instrumentos imprescindibles en un gobierno democrático:
  - Congreso
  - partidos políticos
  - libertad de prensa.
- Una política educativa capaz de llegar hasta el fondo de los males nacionales: un pueblo culto sabrá exigir sus derechos y guardar sus libertades.

## Vocación cultural

Decapitada «La Alborada» por imposibilidad de coexistencia con el autocrático modo de ejercer el poder de Juan Vicente Gómez, en octubre de 1911 participa en la fundación de otra revista, «El Cojo Ilustrado», que intenta obviar lo político para centrarse en lo cultural.

La cultura —la civilización— ya no va a dejar de ser su más cara ambición, a la que va a consagrar tanto su vida personal como su obra literaria.

Rómulo Gallegos tiene un sentido ecuménico de la cultura. Los valores culturales, que cree deben inspirar la vida nacional, han de ser una mezcla de lo criollo y lo universal. En este sentido insisten sus colaboraciones en «El Cojo Ilustrado».

Consecuente con sus ideas, el camino por el que encauza su vida es el de la enseñanza.

A partir de 1912 va a desempeñar los cargos de director del Colegio Federal de Barcelona, subdirector del Colegio Federal de Caracas y subdirector de la Escuela Normal de Caracas. Entre 1922 y 1930 es director del Liceo Caracas, prestigioso centro que en este período acogerá a una generación de jóvenes que luego van a ser la clase dirigente intelectual y política de Venezuela. Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Jóvito Villalba, Miguel Otero Silva, entre otros, son de aquellos alumnos que entonces le llamaban «el Chivo» y siempre recordarán como «maestro».

Su primer libro es un conjunto de cuentos titulado «Los aventureros», publicado en 1913.

Dos años más tarde se casa con Teotiste Arocha Egui, entrañable compañera de toda su vida.

En 1915 estrena su drama «El milagro del año».

## «Reinaldo Solar» y la frustración nacional

Su primera novela ve la luz en 1920. Se llama «El último Solar». Más adelante la rehará y le cambiará el título por «Reinaldo Solar».

En esta novela puede decirse que se encuentra ya pleno el Rómulo Gallegos de la fidelidad a determinadas constantes de fondo y forma, que en lo que respecta a esto último se manifiesta en el desarrollo de historias dentro de la historia y la introducción de personajes que ocupan un primer plano y luego desaparecen de la acción, sin que

su paso haya sido ocioso, pues están perfectamente encajados en el microcosmos que constituye el relato.

Se ha dicho que esta novela es una novela pesimista. Y lo es. Es una novela antiejemlo. La novela de lo que no hay que hacer. Aquí está el Rómulo Gallegos didáctico.

La acción transcurre entre 1898 y 1908, o sea, bajo la dictadura de Cipriano Castro. De ahí las alusiones a la época de «absoluta desorientación ideal» y de angustia, sobresalto y desaliento.

Ante un país feudal, atrasado, rural, Reinaldo Solar es, inicialmente, la esperanza del hombre que Venezuela necesita. Más que un ser humano es un arquetipo al servicio de una idea.

Pero, ¿cómo resulta, de verdad, Reinaldo Solar?

Pues como un extraordinario creador de iniciativas transformadoras... frustradas. Se trata de un ciclo-tímico: el ánimo sucede al desánimo, le atrae la aventura, el esfuerzo de un momento, y es incapaz de la perseverancia necesaria en el pequeño actuar de cada día.

En un medio opaco, adormecido por la asfixia de la dictadura, no basta con lanzar proyectos, si luego éstos fracasan por estar mal estructurados y porque falta tenacidad para desarrollarlos.

Reinaldo Solar es ejemplarizante por lo negativo. Es un antihéroe que se perfila, en cuanto a lo inestable, como un «auténtico caso nacional».

Las constantes galleguianas aquí iniciadas apuntan, como lo seguirá haciendo en el futuro, a la raíz de los males de su patria, en este caso: machismo, caudillismo y caciquismo. Y al llamamiento al alma nacional, sepultada, abolida, aquejada del venezonalismo agudo de aspirar, sobre todo, a la conquista del poder público, mientras padece un auténtico descoyuntamiento del carácter: no hay un rasgo peculiar que no sea feroz.

Muy interesante es encontrar en este Gallegos primerizo las definiciones de su credo personal.

La síntesis de la civilización consiste en incrustar «un alma de griego antiguo en un cuerpo de yanqui moderno».

Barbarie es el individualismo, la revolución armada al estilo americano del Sur.

La solución de oponer la Civilización contra la Barbarie pasa por el fecundo empleo de las energías que se malinvierten en violencia. ¿Y por qué no en cambiar el maíz por el trigo, elemento vital éste de pueblos cultos, mientras que el maíz lo es de pueblos atrasados?

### «Doña Bárbara»: aproximación Barbarie-Civilización

En 1929 publica la que para muchos es su obra más sólida, «Doña Bárbara». (Entre «Reinaldo Solar» y «Doña Bárbara» escribe la primera versión de «El Forastero» y «La trepadora».)

En la finca «La Candelaria», de Juan Vicente Gómez, oyó la historia de Francisca

Vázquez, famosa como la hombruna o marimacho del llano. Esta historia le inspira su «Doña Bárbara», novela a la que inicialmente titula «La coronela».

«Doña Bárbara» es editada por Araluce, de Barcelona (España), por cuenta de Gallegos, con una tirada de dos mil ejemplares, que en su mayoría se queda él.

Pero tiene la fortuna de ser elegido, en septiembre, «el mejor libro del mes», por un jurado que, entre otros, estaba integrado por Azorín, Gabriel Miró, Díez Canedo, José M.<sup>a</sup> Salaverria y Pedro Sainz.

Con este motivo, Díez Canedo opina: «es la entrada de la literatura hispanoamericana en la edad viril».

Como aproximación al éxito de esta novela basta citar que de ella se llevan hechas 58 ediciones.

¿Qué se propuso Rómulo Gallegos en «Doña Bárbara»? A todas luces, extrapolar la historia local a la historia nacional.

Gallegos viajó por los llanos para documentar el ambiente, mas su propósito no era sólo hacer una novela colorista y rural. Amalgamando lo tradicional y lo moderno, el costumbrismo y la alegoría, se enfrenta de nuevo, sólo que mucho más a fondo, con el duelo, para él obsesivo, de Civilización contra Barbarie. Y consigue algo que Sarmiento ni siquiera se planteó: transformar la antítesis en aproximación.

Al contrario de Reinaldo Solar, Santos Luzardo va creciendo no sólo como personaje sino como hombre, a lo largo del relato.

Se percibe claramente que constituye para Gallegos el retrato del venezolano deseado. Es todo un héroe. Y héroe es para el autor quien aspira a ser dueño de sí y quiere hacer realidad un ideal de justicia.

Es sabido que Rómulo Gallegos gustaba de utilizar simbólicamente los nombres propios. El símbolo es muy claro en Doña Bárbara y también en Santos Luzardo —santa luz—, y por algo se enfrentan.

Haciendo honor a la alegoría de su nombre, Santos Luzardo mantiene una personalidad afirmativa —¡qué distinta de los personajes de la narrativa actual, a menudo sumidos en la negatividad y el desconcierto!— Se trata de un hombre con fe en la cultura y en la superioridad de la ley frente a las ambiciones individuales. La delimitación de los derechos de cada uno en un medio donde sólo se respeta la fuerza, impone a Santos Luzardo una auténtica cruzada que se resume en una idea: la «cerca». La «cerca» es su triunfo y la derrota de Doña Bárbara, de la barbarie.

La limitación del hombre ante los principios, o sea, el reconocimiento de que el derecho de cada uno termina donde empieza el derecho del otro, en este caso materializado en la «cerca», es la labor civilizadora del llano emprendida por Santos Luzardo.

Sus ideales se concretan en el anhelo de acabar con los caciques; luchar contra la naturaleza: la insalubridad, las inundaciones, la sequía y el desierto; poblar. En resumen: destruir las fuerzas retardatarias de la prosperidad del llano.

La plasmación del sueño de Santos Luzardo de una Venezuela próspera y sin violencia está maravillosamente expresada en el capítulo «Algún día será verdad».

No obstante, la violencia ambiente es tan fuerte que tal vez la batalla mayor de Santos Luzardo estriba en resistir a que la barbarie se apodere también de él, cosa que

en algún momento sucede, como en un enfrentamiento con los Mondragón, donde a su vez actúa con violencia.

El resto de los personajes asumen su parte simbólica:

Doña Bárbara personifica el lado malo del llano: la brutalidad y la superstición.

Marisela se convierte en un nuevo ser por la acción educadora de Santos Luzardo.

Mister Danger —peligro— es el extranjero que se aprovecha de las riquezas de Venezuela mientras desprecia a los venezolanos.

El lado bueno del llano está encarnado en la hombría de bien de los Sandoval y en el depósito de tradiciones de la cultura popular.

El realismo mágico —ya decía don Juan Valera: «lo fantástico no se puede excluir de la novela»— aparece continuamente en los espantos de la sabana, las culebras luminosas o el caimán encantado, hechos fantásticos integrados en la cotidianeidad llanera.

La denuncia política —«Doña Bárbara» tiene más preocupación política que social— se dirige a la repulsa de los alzamientos —¿para qué modernizar la ganadería?, ¿para que se la coman los revolucionarios?: cuanta más carne sabrosa, más revoluciones— y a la descripción de las cualidades que necesita un jefe civil como Ño Pernalete: ignorancia absoluta, temperamento despótico y un grado adquirido en correrías militares.

Se ha dicho que «Doña Bárbara» encarna el conflicto de toda Iberoamérica. Pero lo que sí representó en su momento fue la aspiración ideal de cuanto querían para Venezuela los que se enfrentaban a Juan Vicente Gómez. Por eso fue leída en las cárceles.

No obstante, este papel agitador —o tal vez por ello: Juan Vicente Gómez era cazurro pero astuto—, el dictador nombró a Rómulo Gallegos en 1930 senador por el Estado de Apure. Rómulo Gallegos no acudió nunca a su escaño y renunció a él.

## Años de exilio: la preocupación social

En 1931 se exilia voluntariamente. En Nueva York escribe «Cantaclaro», «Canaima» y parte de «Pobre negro», las dos primeras publicadas en España.

«Cantaclaro» es la segunda novela de los llanos, «escuela donde se forman los hombres».

Si seguimos buscando el galleguiano valor simbólico de los nombres podría decirse que Cantaclaro es el que canta a la intemperie. El que habla claro no puede ser porque Florentino Coronado, Cantaclaro, es más fabulador que testimonial.

Cantaclaro, o Florentino Coronado, es un verdadero llanero. Se distingue por su desmedido amor a la libertad, su temeridad en el juego, su esplendidez como parrandero y su generosidad como amigo.

La filosofía que inspira su vida queda reflejada en dos comentarios y una copla: «Yo no hago negocios con los apuros de otro».

«Las cosas no son de su amo, sino de quien las necesita.»

*«Dos cosas hay en el mundo  
que no sirven para viajar:  
la plata, por lo que pesa,  
y el no quererla gastar.»*

En la obra literaria de la parte más prolífica de la vida de Rómulo Gallegos, se registra un ascenso en el testimonio social. Acabamos de señalar que «Doña Bárbara» tiene más preocupación política que social. «Cantaclaro», por el contrario, acusa más lo social que lo político. «Canaima» es la más denunciadora de las tres.

En «Cantaclaro» aparece la miseria: niños con piojos, niguas y sabañones. Peones explotados: «los dueños de los hatos los tiranizan como a esclavos o como a bestias, mal pagados y peor tratados». Juan el veguero sólo ve crecer su deuda en la pulpería.

Esto es lo que acaba con Cantaclaro: «¿Cómo es posible que yo ande cantando por la tierra donde suceden estas cosas?»

Para que no sucedan, hay que superar la barbarie, el caudillismo, el culto al hombre-macho y la superstición.

Venezuela necesita canalizar la «rabia heroica» y el «candoroso idealismo» —dos fuerzas «muy nuestras»—, en un impulso constructivo que incluya «leyes severísimas, sanciones ejemplares y una mano limpia». Venezuela no está para «paños calientes, sino para hierro de cirujano».

Como ni Cantaclaro ni Doña Bárbara responden a este ideal, los dos desaparecen sin dejar rastro: a Florentino «se lo llevó el Diablo», doña Bárbara parte en un bongo, en la noche, Arauca abajo.

Marcos Vargas, aunque de otro modo, también desaparece. Es el destino que corresponde a una «esperanza fallida».

«Canaima» es la novela de la selva y del inmenso Orinoco y sus afluentes. Su título no corresponde a ningún símbolo, sino al nombre que los indios dan al maligno, a lo demoníaco sin forma determinada. El ser humano es el resultado del forcejeo entre Canaima, el mal, y Cajuña, lo fecundante, la vida.

Marcos Vargas es un inadaptado, regresivo en cuanto civilizado, un antihéroe, porque no asume el destino que se le ofrece de redentor social.

El aspecto social ocupa un mayor relieve en esta novela. Por sus páginas discurren los peones que trabajan en el caucho y en el oro, con tintes equiparables a cualquier otra novela de explotación. Junto a ellos, los negros «menos que personas» y los indios, sumidos en los «abismos de su infinita tristeza», sometidos por el odio y el temor hacia el blanco al que, por puro sarcasmo, se le denomina como «racional».

También en «Canaima» Rómulo Gallegos llega más lejos en el diagnóstico de los males venezolanos. No se trata sólo de Barbarie —violencia, dictadura, caudillismo—. Existe, además, el monopolio de la riqueza en manos extranjeras y un sistema abusivo de controlar el trabajo.

«Canaima» fue prohibida por Juan Vicente Gómez. La razón fue sentirse aludido en la frase que le dice Manuel Ladera a Marcos Vargas al mostrarle un toro llevado al

sacrificio: «Ahí tiene la historia de Venezuela: un toro bravo, tapaojeado y nariceado, conducido al matadero por un burrito bellaco».

Marcos Vargas ama la aventura, es parrandero y macho violento que se encuentra a sí mismo cuando mata a Cholo Parima.

Se convierte en antihéroe cuando, después de su experiencia como buen patrón y de su decidida simpatía hacia los humildes, en vez de lanzarse a la lucha abierta contra la iniquidad, se deja ganar por el fatalismo y se pone a vagar sin objeto. Ya sólo le queda ser confundido con Canaima, hablar con los árboles y transformarse en uno, símil mágico de su pasiva actitud vital.

El contrapunto lo ofrece Gabriel Ureña con su renuncia a la violencia, su falta de interés en demostrar hombría según el uso, la vida abierta hacia el porvenir, con paz en el alma y fe en que la civilización triunfa sobre la barbarie.

Por eso no se convierte en árbol, sino que recibe con generosidad los frutos del trabajo y Marcos Vargas le envía a su hijo para que lo eduque. Es su redención. Que su hijo, mestizo, conquiste un futuro cimentado en la cultura. Que en él triunfe Cajuña sobre Canaima.

Esta misma idea parece posible a la muerte de Juan Vicente Gómez, en 1935. El general López Contreras, al asumir la presidencia de la República, nombra a Rómulo Gallegos ministro de Instrucción Pública. Permanece en el cargo tres meses. Hay demasiadas reliquias «gomecistas» en la vida pública venezolana.

Sin embargo, no puede sustraerse al imperativo de estar presente, de no eludir responsabilidades —ni Reinaldo Solar, ni Marcos Vargas—. No en vano, Cecilio el viejo —¡cuánto de Rómulo Gallegos en él!— se preguntaba en «Pobre negro»: «¿Podrá o no podrá seguir existiendo este país?», al tiempo que afirmaba: «Cuando yo digo democracia no me refiero a un simple sistema político, uno más para mañana entre el polvo de los siglos, sino a la posibilidad viviente de todas las hermosuras humanas que encierra el realmente dramático y tremendo corazón del pueblo».

## La lucha política: la presidencia y nuevo exilio

Así inicia su vida política activa como Diputado de la oposición en el Distrito Federal.

En 1941, es presidente del Concejo Municipal de Caracas y el Partido Democrático Nacional le propone para la presidencia de la República.

Seguramente por la necesidad de echar el vino nuevo en odres nuevos, en este mismo año funda el Partido de Acción Democrática, cuya presidencia ostentará hasta 1948.

En 1947 gana las elecciones y es elegido presidente de Venezuela. Toma posesión el 15 de febrero de 1948. Solamente estará nueve meses en el poder.

Consecuente con la idea de que las riquezas venezolanas deben ser para los venezolanos, sube los impuestos del petróleo en un 50 por 100. Ese día firma su final como presidente. Los intereses petroleros lesionados animan un golpe militar que, encabezado por Pérez Jiménez, Delgado Chalbaud y Llovera Páez, le derroca el 24 de noviembre.

Está once días en la cárcel. Para los golpistas resulta muy incómoda esa situación, dado el enorme prestigio nacional e internacional del derrocado presidente, y buscan una fórmula de compromiso.

Rómulo Gallegos es tajante: «Yo sólo puedo estar en el Palacio de Miraflores o en la cárcel».

Optan por sacarle del país y marcha a Cuba. Allí está en la presidencia Prío Socarrás, y existe un enorme clima de agitación y descomposición política y social.

A Rómulo Gallegos le impresiona mucho la desviación gangsteril que ha tomado el movimiento universitario, similar a la de los tiempos de la dictadura de Gerardo Machado (1925-1933).

Esto le va a inspirar su novela «La brizna de paja en el viento», que termina en Nueva York cuando ya ha muerto su esposa, doña Teotiste, a la cual se la dedica, con el dolor que nunca le abandonará:

«A ella, viva y perenne, en la mejor inspiración de mi obra literaria, el último libro que junto a ella comencé a escribir.»

En esta novela, fruto de su nuevo exilio, reitera su fe en los valores éticos. Sus personajes siguen encarnando símbolos e ideas. En el personaje Justo Rigores hace una síntesis del nombre de un estudiante-gángster, Justo Fuentes, y de su afición al símbolo: Rigores.

Justo Rigores tiene el mismo fin en la novela que José Soler Lezama, perteneciente al Directorio Estudiantil, que fue condenado y fusilado por sus camaradas, porque a la caída de Machado se encontraron pruebas de su colaboración con la policía.

También alude en el relato a la muerte del estudiante Rafael Trejo, acaecida en septiembre de 1930, y a la caída de Machado.

Aunque se trata de una novela poco estimada dentro de la producción galleguiana, se dan en ella al máximo casi todas sus constantes: fuerza desorientada, pecado contra el ideal, alma dormida, función redentora de despertar el alma dormida, lucha entre civilización y barbarie, conflicto provocado por el mestizaje.

Al final, en «La brizna de paja en el viento», triunfan la dignidad y la justicia.

Algo de esto ocurre en la propia vida de Rómulo Gallegos.

## Homenajes...

Derrocado Pérez Jiménez, en 1958 regresa a Venezuela, donde se le colma de homenajes.

Se le erigen estatuas, se da su nombre a distritos, avenidas y hasta a centrales telefónicas y puentes, se hacen ediciones de sellos en su honor, se le llena de condecoraciones y títulos:

Hijo Ilustre de Caracas, Hijo Predilecto de Valencia, Hijo Adoptivo del Estado de Apuré.

Recibe el Premio Nacional de Literatura 1958; es propuesto dos veces para el Nobel; se le hace Doctor «Honoris Causa» por la Universidad Central de Venezuela y universidades de Mérida, Zulia, Carabobo y Oriente, doctorados que une a los de Morelia, Unam, Costa Rica y Columbia, aunque a éste había renunciado en 1955 por

no quererlo compartir con Castillo Armas, ejecutor del derrocamiento del presidente de Guatemala Jacobo Arbenz.

Su categoría de luchador por la libertad es reconocida al ser nombrado presidente de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, en 1960.

En 1961 recibe el título de senador vitalicio.

En 1964 se crea el Premio Internacional de Literatura que lleva su nombre.

### ...ataques y menosprecio

Mas, no todo fue reconocimiento y triunfo. Cuando ya estaba muy afectado por la arterioesclerosis, sufrió muchos ataques y menosprecios de su obra literaria, corriente denigradora que continuó después de su muerte, hecho que acaeció el 5 de abril de 1969.

Algo tuvo que ver en el «ninguneo» la inflación interesada de su nombre que llevaron a cabo los «adecos» —del Partido Acción Democrática—. Intenciones partidistas y la natural oposición generacional de los escritores jóvenes, lanzaron un virulento criticismo contra su obra.

Entre otras cosas, se le ha acusado de defender valores burgueses —legalidad, propiedad—, hoy considerados como «reformistas» por las soluciones revolucionarias.

A ninguna de estas soluciones se le ocurre hoy día, como meta revolucionaria, contraponer civilización contra barbarie. Este postulado haría morir de risa o encolerizar como cosa reaccionaria a cualquier militante de base medianamente concienciado.

Sin embargo, en su momento —mírese la Venezuela en la que vive Rómulo Gallegos—, esos valores significaban, indudablemente, justicia, redención y progreso. Y ahora mismo, no hay gobierno revolucionario que no ponga en sus prioridades más urgentes la transformación educativa y las realizaciones culturales.

### Idealismo misionero

Tomado su credo político como algo desfasado e insuficiente, para muchos resulta, además, ingenuo. Y es posible que lo sea en la medida en que la fe, la esperanza y el optimismo pueden serlo.

«Juan Luis», personaje de «La brizna de paja en el viento» —uno de tantos pergeñado con rasgos espirituales autobiográficos del propio Rómulo Gallegos—, expresa:

«De una manera general, soy creyente sistemático en la bondad y en la rectitud humanas.»

Así era el hombre Rómulo Gallegos. Además de «varón cabal, erguido ante la adversidad, tierno y viril, consciente de su obra y su destino abnegado», según Manuel Alfredo Rodríguez. Semblanza moral completada con la física: «huraño, cara hosca, modales reposados, palabra fácil».

Para juzgar su obra, hay que partir de lo dicho por él mismo:

«Yo escribí mis libros con el oído puesto sobre las palpitaciones de la angustia venezolana.»

El no se consideraba un escritor realista en sentido estricto. Más bien se juzgaba como un creador de arquetipos, de símbolos. Y lo es, prodigiosamente, de mitos humanos y hasta de mitos geográficos. ¿Quién puede despegar la imagen del llano, de la selva o de los incontables ríos y caños venezolanos de la recreación galleguiana en la que se funde, no sólo lo que son, sino lo que representan?

Su obra es un entramado de hombres, geografía, historia, tradiciones populares y destino colectivo, a los que envuelve en los irrenunciables ideales de libertad, igualdad y derechos humanos, trinidad que reduce a una sola esencia: educación.

Según uno de los máximos estudiosos de ella, Juan Liscano, puede ser calificada como «realista y poética, picaresca, descriptiva, costumbrista, folklórica, sociológica, psicológica y dramática.»

Y para el crítico argentino Héctor R. Lafleur, Rómulo Gallegos «tiene la vivaz y colorida pluma de Blasco Ibáñez y el idealismo misionero, constructor, de un Galdós.»

Su credo literario está impregnado de su credo político-social personal, constituyendo reiteradas constantes:

- Fustigamiento incansable del culto a la violencia, violencia que presta su aura al hombre-macho
- Proclamación de que contra la barbarie sólo cabe civilización. En esta idea, ya sostenida por Domingo Faustino Sarmiento, introduce un factor más constructivo. Para Sarmiento, hay que destruir la barbarie. Para Rómulo Gallegos, hay que canalizar, aprovechar, la potencia de la barbarie.
- Existencia de una relación interidentificadora entre civilización-cultura-educación-política. «Yo soy de los que creo que gobernar es educar.»
- La educación debe enraizarse en las esencias nacionales y, bien apoyada en ellas, enriquecerse con las aportaciones foráneas que no tienen por qué ser imitadas servilmente.
- Noble empresa pendiente: despertar el «alma dormida», individual y colectivamente.
- El único pecado que no puede perdonarse, que no tiene redención: el pecado contra el ideal.
- El mestizaje ha sido algo positivo para Venezuela. La violencia personal del hombre-macho se supera con educación; la violencia social se superará uniendo a los seres de distinta raza, cultura o condición.

El espíritu defendido en su obra no fue desmentido por su vida. En 1949, desde La Habana, hacía esta autojustificación:

«Yo hice mi experiencia de mí mismo, y a la rendición de cuentas de mis actos vengo sin arrogancias pero sin abatimientos: no tendré que arrancar de mi obra literaria ni una sola página donde me haya exhibido defensor de derechos, procurador de justicia y solicitador de bienestar y felicidad para mi pueblo, mientras en la oportunidad de la acción de todo eso me hubiese olvidado.»

Finalmente, en esta conmemoración del centenario de su nacimiento, es interesante recordar otra faceta muy importante del pensamiento de Rómulo Gallegos: su concepto integrador del americanismo.

Sean sus palabras de esperanza en el destino común de las naciones hispanas (expuestas en «La Alborada», marzo, 1909), el último homenaje a su memoria:

«La solidaridad de las ideas prepararía el terreno a la de los intereses de estas naciones hermanas; las alianzas comercial, militar y política vendrían después como consecuencia de esta alianza del pensamiento que, pulsando el alma americana haría ver ya no como una hermosa utopía, sino como una cosa realizable y de toda urgencia necesaria, la armonía de naciones, que apenas separadas por fronteras geográficas, parten de un mismo origen, son una sola raza y están llamadas a cumplir un idéntico destino.»

M.<sup>a</sup> DE LAS NIEVES PINILLOS  
*Antonio Arias, 15, 7.º C*  
MADRID-9